

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

La granja de Kikellny.

Por A. Jadin.

Creeis Caddie, dijo volviéndose al escudero que la seguía una señorita montada en un soberbio alazan, que podamos llegar á la granja que se ve sobre aquella colina, antes que estalle la tempestad que amenaza?

— Vuestra gracia debe haber observado que empiezan á caer gruesas gotas de agua, que el viento arrecia cada vez mas, que el ruido del trueno se acerca y es mas frecuente; no obstante yo creo que apretando el paso su gracia, podrá alcanzar ese cortijo á tiempo de evitar el chubasco.

— Adelante pues. Y diciendo esto, la señorita puso su caballo á todo escape hácia la granja, que se veía á lo lejos cercada de hermosos árboles, de zarzales, de escaramujos y enredaderas, á la que llegaron precisamente en el momento que estalló la tempestad; su escudero llamó á la puerta principal, y una vieja criada fué á abrir.

— Podemos guarecernos aqui durante la tempestad?

— Sí, sí; ciertamente contestó la criada; entrad señora, jamás se niega la hospitalidad en esta granja.

— La jóven Milady saltó del caballo; la criada la introdujo á una sala baja, en la que la hizo sentar y le dijo: voy á advertir á mi señorita que estais aqui.

— La sala en que se hallaba la vieja era una pieza grande, que sin duda servia de comedor, puesto que en medio de ella se veía una mesa ovalada; en el fondo una amasadera, y á un lado unos estantes sobre los que brillaban, lucientes como el oro, un gran número de utensilios de cocina, así como de vajilla. Todos los muebles, sillas, mesas, y cofres, eran antiguos, pero de una limpieza admirable! Esta habitacion notable por su sencillez, revelaba un orden y un gusto esmerado.

La tempestad iba en aumento; no obstante á pesar del ruido del trueno y del viento tan fuerte que hacia doblar los árboles, la señora que habia ido á pedir la hospitalidad, oyó los sonidos de una harpa que acompañaba una voz melodiosa. No podia distinguir bien lo que cantaba, pero habia tantos hechizos y tanta gracia en las pocas notas que llegaron á sus oídos, que estaba incomodada con los truenos y con el viento que por instantes le privaban de oír aquellas deliciosas armonías.

La música cesó, y al poco tiempo se presentó en la sala una linda jóven vestida con mucha sencillez, pero con aquel esquisito

gusto que es inherente á las personas de noble cuna. Era alta, esbelta y graciosa, su cutis blanco y sonrosado: dos hermosos ojos negros y una sonrisa encantadora realzaban sus facciones finas y delicadas, y las magníficas trenzas de sus cabellos rubios puestos en forma de corona, adornaban su frente cándida y pura como la de un ángel.

— Perdone V., señorita, dijo levantándose la señora. V. ve y oye el motivo de mi visita. Sorprendida por la tempestad, durante mi paseo, me he tomado la libertad de pedir la hospitalidad en esta casa. Solo siento señorita que le hayan incomodado á V.

— Mas siento yo señora, el no haber estado presente cuando ha llegado, para recibirla, y espero me dispensará el que le haya dejado sola tanto tiempo.

— Puedo asegurar á V. señorita, que el tiempo no me ha parecido largo, pues si no tenia el gusto de verla, tenia al menos el de oirla.... Era V. sin duda la que cantaba?

— Si señora, estudiaba....

— Yo maldecia la tempestad que me privaba del placer de oirla como hubiera deseado. Ahora, voy sin duda á darle gracias porque me impide volverme. Espero señorita que no me reusará V., el devolverme lo que me ha hecho perder la tempestad.

— Haria muy mal señora, si me hiciese de rogar, pero antes permítame V. informarme.

— Brígida, ha vuelto mamá?

¡ Oh! ya lo sabe V. señorita, una tempestad, no obliga á su madre á abandonar los campos, cuando su presencia es necesaria.

(Se concluirá.)

La plegaria.

Leve soplo del aura es nuestra vida,
Y sin embargo el hombre
Peregrino de un día á Dios olvida
Sin invocar su nombre.

Horas de amor.... él las creyó inmortales,
Por que dulces sonaban;

Y precursoras eran de los males
Que ya le amenazaban.

Rujió la tempestad: al hondo abismo
Fantasmas mil rodaron,
Y entonces de su horrible parasismo
Allí le despertaron.

Arbustos secos y tronchadas flores,
Marchitas azucenas
Y lágrimas halló, y en vez de amores
Desgarradoras penas.

¡ Horrible despertar! por el desierto
Erraba peregrino,
Zarzas pisando de cansancio muerto,
Sin dar con el camino.

Nublado el cielo, tenebroso manto
A la tierra envolvía,
Y ni una estrella con su luz en tanto
La senda descubría

Tumbas do quiera en el silencio abiertas
Con pálidos despojos
Olvidadas las vió! despues cubiertas
de cardos y de abrojos.

En cármes de amor floridas rosas
Por el alba rociadas,
Tan lozanas ayer y tan hermosas,
Hoy místicas, agostadas!

Volubles jardineros relegando
De sus flores la historia,
Los viera, ni un recuerdo conservando
De amor la infiel memoria.

Personas muy queridas se olvidaron!!
Si mañana volvian,
Los que mas en su muerte las lloraron
No las conocerian!!

Que fueron amistades ¡ ay! terrenas,
Amistades de un día!
Y el siguiente al lucir, de otras cadenas
El olvido nacía.

¡ Tierra de vanidad! todo inconstante!
Derrama, peregrino,
Llama inmortal por tu finada amante
En tu áspero camino.

Amparo del que sufre, rey del mundo,
A tí ferviente el alma
Clama abismada en su dolor profundo:
¡ Ay! vuélvele la calma.

Yo soy el peregrino que aquí llora
De aquel sueño despierto:

Yo soy el peregrino que te implora
Perdido en el desierto.

Escúchale, Señor, cuando á tí clama
En su fiero tormento,
Y guárdale, Señor, junto á la que ama
En los cielos asiento.

Postrado ante su tumba yo te invoco
En mi dolor profundo:
No importa que sensual me llame loco
Al invocarte, el mundo.

Fiel esclavo en mis lágrimas no ceso
De loarte humildemente:
Y como ayer feliz, hoy te confieso
Señor pio y clemente.

Tu eres el rey justo que gobierna
Al hombre y al destino;
Sabio sin fin, con voluntad eterna
Le muestras el camino.

Las olas de los mares dividiste
Oyendo los clamores
De un pueblo fiel, y en ella sumérgiste
A sus perseguidores.

Luz esplendente en el cenit brillaba
Al cruzar el desierto,
Y el pueblo iluminado caminaba
Por él con rumbo cierto.

Después él te alabó: como él yo canto
Tu gloria y poderío:
Sea agradable en tu placer mi llanto
A tus ojos, Dios mio.

Puros sean mis cantos como nieve
Que cae de la nube,
Y llévelos al cielo el aura leve
En alas de un querube.

Escúchalos, Señor; dulce mi lira
En el Edén te sea,
Y un día el alma fiel que aquí suspira
Amoroso te vea.

José Blancart y Camps.

Monfar.

Leyenda caballeresca.

I.

Parecian congregarse junto al elevado castillo del Bell-caire las galas de la estacion, y el júbilo con que todos celebraban aquel

dia, para escarnecer el enlutado corazon de una dama que moraba dentro de sus muros.

Era el 25 de Julio de 1274, y el reino de Aragon celebraba con pompa los dias de su glorioso rey D. Jaime 1.º, que ya alcanzara años hacia el renombre de *el conquistador*. Un ardiente sol pasaba casi verticalmente sobre los matacanes de las torres del castillo; ni la mas ligera nube empañaba el horizonte, y los alegres éspansivos murmullos de la baja servidumbre, ocupados á la sazón en juegos de armas, eran llevados por la campiña en alas de un viento suave y delicioso, besando á su paso la erguida frente de la torre de honor, y azotando el pendon del de Bell-caire que en ella se ostentaba.

La noble dama que mal oye en su dolor aquella algazara, y cuyo corazon busca en vano consuelo á sus desdichas, es la que lo lleva con sus dádivas á los pobres de la comarca, es la afectuosa D.^a Lambra, la bella hermana del señor de aquella fortaleza.

Están acordadas sus bodas con un noble y afamado caballero, que la hará señora de timbres sin mancilla, y que prestará á su hermano el de Bell-caire un nuevo entronque, donde se apoye y cobre nuevo lustre el escudo de su casa. Pero la hermosa Lambra, á quien no halagan ni el orgullo de llevar un nombre ilustre, ni el brillo deslumbrador que en la córte le espera, está triste. Tiene la mano puesta sobre el corazon, y mira dulcemente al cielo por la ventana ojiva que ilumina su estancia; su postura esplica bastante cuales sean sus cuitas.

En su pecho guarda grabada hace años la imágen de un mancebo hermoso y gentil. Corrieron para los dos apacibles y bellos los primeros dias de su juventud; él, el risueño Gaston Monfar, el de los ojos azules y rubia cabellera, fué page de su padre Guillermo de Bell-caire cuando residieron en la córte.

¿Si se prestaron Lambra y Gaston las caricias de niño, podian acaso dominar sus corazones cuando se abrieron á sentimientos desconocidos? Lambra y Gaston se quisieron

cuando niños; cuando jóvenes Lambra y Gaston se amaron.

Y aquel amor no ha de ocultarlo como vergonzoso la honesta D.^a Lambra; hartas son las horas que en silencio lo ha sustentado; harto tiempo lo ha alimentado á solas con la lectura de una oculta correspondencia. Su hermano, ya se cansa de la obstinacion con que resiste á enlazarse con una rama de los Moncadas, y es hora ya de que no ignore la causa de lo que él llama estraña terquedad.

Gaston Monfar no es noble ni caballero; pero goza fama de gran guerrador, y ha corrido con gloria la suerte de la conquista en la hueste del rey D. Jaime; es conocido por su gentileza, y por la fuerza con que descarga su espada sobre los enemigos de su patria y de su fé; D.^a Lambra no se avergüenza pues del amor de Gaston, ya que á falta de timbres ostenta la nobleza de los valientes. Se acerca el dia fatal para D.^a Lambra, destinada á dar su mano de esposa. Se ha revestido de valor para conjurar la tormenta que amenaza al castillo, así que descubra á su hermano los secretos de su candorosa alma. Derrama entre tanto por la campiña su radiante mirada, como si aguardase con afan la aparicion de una persona querida.

II.

Media hora despues, estaba en presencia de D.^a Lambra su hermano el altivo señor D. Geofre de Bell-caire.

¿Voy á saber al fin porque os resistiais al matrimonio á que estais destinada? Que me place, hermana, dijo el caballero arrugando el entrecejo; vuestra obstinacion rayaba en pertinacia; me alegro que consintais, porque no me verá obligado á hacer uso de mi autoridad de hermano.

—Dispensadme, D. Geofre, dijo D.^a Lambra con dulzura, pero con dignidad; no puedo ser esposa del de Moncada. Si quereis saber los motivos de mi resolucion, os diré que no puedo jurar fé delante del altar á un hombre á quien no amo.

—Locura, dijo D. Geofre con espresion sombría. No le amais porque aun no os pertenece; sereis su esposa y le amareis por obligacion, puesto que sois recatada y buena. En cambio él os dará su nombre y sus blasones.

—No seré su esposa, hermano, porque nunca podria amarle, dijo con entereza D.^a Lambra; porque he visto otro hombre y le he amado; porque su imágen se interpondría á todas horas entre mi mano y la de otro que no fuera él.

D. Geofre lanzó á su hermana una furiosa mirada y espresó en un rugido su cólera.

—¿Vos amar, le dijo indignado? ¿á quién habeis pèdido permiso para amar? ¿No sabeis que una muger de vuestra cuna no ama á otro que al noble esposo que se le destina?

—¿Quién puede detener al corazon en sus impulsos?

—La dama recatada no debe tener corazon sino para entregarse á su esposo, y para acariciar á sus hijos.

La austeridad con que pronunció D. Geofre estas palabras era tanta, que D.^a Lambra tembló á pesar de su firmeza.

—En fin, repuso D. Geofre, vuestro hermano soy, y á falta de vuestros padres me debeis obediencia. Os he de dar esposo cual cumple á vuestra sangre.

—Pasaré el resto de mi vida en un claustro, dijo abatida D.^a Lambra, mas bien que entregarme en brazos de un hombre á quien ni siquiera conozco.

—¿Tanto quereis á vuestro amante, dijo con ironía el de Bell-caire?

—Como á mi vida, dijo D.^a Lambra con exaltacion.

—¿Y quién es el feliz caballero que ha cautivado vuestra hermosura? Supongo que no os habeis enamorado de algun hondero de mi castillo; decidme quien ha alcanzado tanta dicha.

D. Geofre calcó sus irónicas palabras hasta irritar la dignidad de su hermana. Dirijió esta sus ojos hácia la campiña como para dar aliento á su corazon humillado, y vió un

ginete que á todo correr se dirigia hácia el castillo. El corazon de Lambra hasta entonces comprimido se dilató con fuerza, y corrió hácia la ventana, diciendo á su hermano que aun esperaba respuesta á sus palabras:

—He aquí al dichoso mortal ; venid , D. Geofre , y vereis al valiente Gaston Monfar como corre desalado hácia el castillo de Bellcaire, para pedir á su señor la mano de su hermana.

Quedó aterrado D. Geofre; en aquel audaz lenguaje parecia desconocer á su hermana; y era que nunca la habia insultado , que nunca le habia herido en su dignidad , y tampoco nunca ella habia hablado irritada como entonces.

—¿Amais á Gaston , dijo D. Geofre re-
puesto de su asombro; al page de mi padre,
á uno que no ha nacido noble ?

—Amo al page de nuestro padre ; al va-
liente capitan que en tierra de moros se ha
hecho llamar *el fuerte*. Mi amor no es un
crimen ; espero que dareis vuestro con-
sentimiento para que el matrimonio lo haga
mas santo , ya que no mas puro.

—Jamás , dijo colérico D. Geofre , no ha
de enturbiar mi sangre el insensato orgullo
de un aventurero.

En aquel instante Gaston Monfar enviaba
recado, pidiendo permiso para hablar al se-
ñor de Bellcaire.

—Dí á Gaston que su audacia no tiene lí-
mites ; díle que sé el objeto de su venida ; y
que deshaga el camino del castillo sino quie-
re verse apedreado por mis honderos.

Así dijo el Señor de Bellcaire.

Aquellas terribles palabras fueron envia-
das á Monfar por un anciano escudero de
D. Geofre , que á los cinco minutos volvió á
presentarse en la estancia.

—Señor , dijo ; el atrevido se ha deshe-
cho en denuestos al oír vuestro mandato;
ha tenido la audacia de retaros desde la otra
parte del foso. Ahí teneis el guante que aca-
ba de arrojaros.

El furor de D. Geofre no conocia límites;

sus ojos desencajados vagaban por la estan-
cia sin detenerse en ningun objeto, y pare-
cian buscar donde descargar su ira; sacudia
su cabeza como no pudiendo soportar tanta
indignacion. Miró á su hermana tendida en
un divan , abatida y pálida , y con la mano
crispada le señaló fatidicamente el guante
de desafio.

Nada le dijo, porque hay momentos en
que la palabra es débil ; pero la actitud de
D. Geofre espresaba mucho de severo y de
terrible.

La infeliz Lambra estaba bañada en un
raudal de lágrimas. D. Geofre le dijo por fin:

—Vuestro amante me reta.

Aquella voz salió del pecho hueca y bron-
ca, y resonó en todos los ámbitos de la es-
tancia.

—Señor dijo el escudero ; ¿ qué contes-
tacion daré al insolente ?

D. Geofre tomó con precipitacion un per-
gamino, y escribió en él algunas palabras.
Decia así :

« No eres caballero, y no puedo humillarme
« hasta batirme contigo ; si lo fueras, y me
« insultaras como has hecho, te arrancaria el
« alma ; ahora no puedo hacer mas que des-
« preciarte. Válete aun ser el antiguo page
« de mi padre. »

Aquel pergamino fué enrollado y metido
dentro del guante. El reto de Gaston Monfar
fué contestado arrojándole el guante desde
el muro.

III.

Ocho dias despues salia de Barcelona ca-
mino de Bellcaire el valiente Gaston Mon-
far : No cabalgaba solo como otras veces,
sino que le precedian farautes, y le seguian
escuderos. Vestia una completa armadura,
daba al viento su rojo penacho y calzaba es-
puelas de caballero. Su primer escudero
sostenia á su lado el pendon con las armas
de la casa de Monfar.

Así seguía la cabalgata , y los briosos y
encubertados corceles dejaban atrás el viento.

Un cumplido caballero no descansa sin

haber vengado un ultraje. Por esto Gaston de Monfar va á arrojar en toda forma al rostro de Geofre de Bell-caire su guante de desafío.

Ya pueden combatir de igual á igual; ya no hay que temer traicion ni felonía, porque ambos se batirán como buenos.

Después del ultraje recibido bajo los torreonos donde moraba su amada, Gaston de Monfar se habia presentado al rey D. Jaime. «Acordaos, le dijo, que he sido capitán de vuestra hueste; acordaos que he consumido los años matando infieles; acordaos que disputé vuestra vida con mi pecho en el cerco de Valencia. Me han ofendido y humillado, Señor, y no en vano me llaman *el fuerte*. O engrandecedme para que pueda vengarme, ó abrid estas restañadas heridas que recibí por vuestra causa.»

El rey le acogió benignamente, y sabido el amor y la desventura de Gaston, le dió título y riquezas para que se vengara. D. Jaime hizo justicia; bien merecían aquella honra las proezas de Gaston.

Llegó el novel caballero á Bell-caire. A su llegada cayeron los puentes levadizos, y los rastrillos giraron sobre sus fuertes goznes. A Gaston le alentaba una alegría salvaje. Dentro de un momento seria vengador de su afrenta.

—Entrad noble Gaston, le dijo saliéndole al paso el altivo señor del castillo; entrad que os preparo una sorpresa agradable.

El irritado Monfar, midióle con su vista amenazadora, y arrojóle una sonrisa en que iba envuelto todo el desprecio de una alma emponzoñada.

—Nada digais, noble Monfar, repuso D. Geofre; nada digais hasta haberme oído, y sobre todo dad al olvido todo lo pasado sino me queréis hacer traidor.

Y poniendo en su mano un pergamino, leyó Gaston:

«Señor de Bell-caire; os prohibo aceptar el reto del noble caballero Gaston de Monfar.»

«El Rey.»

Quedó confuso Gaston. ¿Porque le habia dado el Rey blason y riquezas, sino le habian de servir para su venganza?

Esto para vos, añadió D. Geofre; y le entregó un pliego que tambien venia de orden del rey. Era la escritura de matrimonio entre él y D.^a Lambra, estendida por espresa orden de D. Jaime, y autorizada por su escribano.

Monfar y Bell-caire se abrazaron como dos hermanos.

Juan Bautista Ferrer.

Las parábolas del divino Maestro.

Los operarios de la viña.

«El reino de los Cielos, entre varios, á un padre de familia es semejante, que madruga á buscar los operarios para su viña, con afán constante. Sobre las nueve ajusta los salarios con ciertos que halla en círculo vagante, y van desde la plaza á la campiña por ganar los jornales en su viña.»

«Impulsado de idéntico motivo al medio dia recorriendo sale, y otros ajusta en tono persuasivo, que á la viña mandó por lo que vale. Vuelve á las tres el propietario activo que en laborioso anhelo sobresale, y hallándose otros pocos mercenarios á su viña los lleva de operarios.»

«Pero allá de la tarde á la caída sale, encuentra y pregunta á unos ociosos: ¿por qué pasan estériles su vida sin ocupar los brazos laboriosos? Responden que en espera decidida no encontraron trabajo, y muy gustosos ajustados comparten sus vigiliass en la viña del padre de familias.»

«Llegada la hora de pagar á todos, igual suma á los últimos se paga; y á los primeros, que se dan de codos, la esperanza de aumento les halaga. Cuando observan que no, con ágrios modos, queriendo que algo mas les satisfaga, al mayordomo esplican sus razones en tales querellosas espresiones:»

«¿Cómo dais á los últimos venidos igual que á los primeros y mejores, que aguantamos constantes y sufridos todo el peso del dia y los calores?»

Subiendo sin tardanza á los oídos del padre de familias, sus clamores, á uno solo contesta grave el labio: «amigo mio, yo no te hice agravio.»

«¿Qué, no te has convenido desde luego en esa recompensa á tu trabajo? «Toma lo tuyo y vete sin mas ruego, tal es la voluntad del que te trajo. «¿Ó por ventura en mi poder no llevo cuanto me plazca á obrar, que á nadie ultrajo? «Ó eres tú malo, porque yo que ajusto soy bueno y doy cual cúmples á mi gusto?»

«De este modo los hombres ajustados á última hora en la viña recogidos, por primeros serán remunerados y estos serán por últimos tenidos. Que muchos son, de cierto los llamados y pocos en verdad los escogidos.» Y es el *Hijo del Hombre* el que lo dice, porque ninguno en culpas se deslice.

La parábola fué mas misteriosa que adujo el Salvador: reprueba en ella los ócios de una vida perezosa, que en tantos corazones hacen mella. También de una existencia laboriosa, si con ejemplos las virtudes sella; reprueba el amor propio en quien se engria, que mas reclama cuanto mas confía.

Tal confianza en sí mismo nadie tenga, estímesese feliz con su salario, ó cuando á reclamar esceso venga, parodiará soberbio al operario. En la humildad su corazón mantenga, recuerde al Fariseo temerario, haga, cumpliendo fiel su cometido, el llamado por ser y el escogido.

Para desvanecer en los paganos la vanidad, oyéndole al Mesías, que ellos reemplazarán, hechos cristianos, el puesto de las ánimas judías. Cómo desecha, esplica á los humanos, Dios, al pueblo que amara en otros días, y cómo deben recibirlo aquellos que se salven, creyendo, en lugar de ellos.

Variedades.

A DOÑA ÁNGELA GRASS!

A tí, tierna cantora del amor y de la virtud, dulce hermana del corazón, á tí elevo mi voz en este día; mas ¡ay! tiene un acento de despedida.

¡Partes, hermana mia! ¿por qué partes? ¿por qué nos abandonas? ¿no ves que llenas de luto el corazón de los seres que te comprenden? ¿Has olvidado lo que es una despedida, Ángela mia? ¿No sabes que es la viva imagen de la eternidad?... Al estrechar con efusión la mano del amigo que se aleja, nuestros ojos se llenan de lágrimas, nuestra alma sufre, y mil ideas amargas combaten nuestra imaginación; cuando mas tarde sabemos que por voluntad divina ha desaparecido de la esfera social, como desaparece un grano de arena arrebatado por el impetuoso huracán, recordamos entonces con asombro que ya hemos llorado su pérdida. Entonces se fija nuestra mirada en el cielo con resignada expresión, y nuestros labios articulan una humilde plegaria que se eleva ferviente hasta el trono del Altísimo.

¡Oh! no partas, Ángela, no partas! yo te ofrezco eterna amistad y cariño verdadero; amistad que jamás participará de las ruinas pasiones del mundo, cariño que nadie podrá entibiar. Es muy poco lo que te ofrezco, hermana mia, pero muy digno de que tu alma lo acepte. Yo sé amar, y sé sentir; la risa del placer jamás brota en mis labios, mientras que una lágrima hirviente siempre tiembla en mi pupila; esta lágrima olvidando mis propias penas, la vierto siempre por los que sufren, por los desgraciados, por los que no conocen la felicidad. Tú eres desgraciada, Ángela, tú sufres, tú no conoces la felicidad; por tí la vierto en este momento. La vida es un conjunto de gozo y penas, de esperanzas y desengaños; porque Dios ha puesto el dolor junto al placer, á fin de que al llegar nuestra última hora no sintiéramos abandonar al mundo.

¡Oh! no partas, Ángela, no partas! no intentes ahogar los dolores que laceran tu noble corazón, entre el torbellino de ese gran mundo; grande y magnífico en apariencia, pero feo y mezquino en realidad. Huye de él, aléjate, porque hay dolores que nunca mueren y es en vano que se intente mitigarlos.

Esa brillante sociedad llamada corte, que se agita entre el terciopelo y el oro, no tiene corazón, el orgullo y el egoísmo se lo han quitado. No podría comprenderte; fría é impávida te presentaría una copa de amarga hiel que debieras apurar hasta las heces, en vez de consuelo que le irias á demandar.

¡Pobres de los que cantamos, hermana mia!

El mundo frívolo nos rechaza porque le hacemos fijar la idea; y el mundo pensador no nos escucha, porque impelido por la fuerza del siglo corre á sacrificarlo todo por el interés del bien social y la felicidad de la patria.

— ¡Ay! no te alejes; detente!; unámonos y marchemos juntas por el desierto camino de la vida, sembrando flores y recogiendo abrojos; y haciendo vibrar nuestros cantos donde more la paz de la inocencia.

Mas.... no me escuchas: te alejas, y me abandonas!.... ¡Dios te bendiga, Ángela mia! y él quiera, que al partir en brazos de una ilusión no vuelvas en alas del desengaño. Sé feliz y dichosa; y, te lo ruego, no olvides á tu pobre hermana, que ha de vogar sola por el mar proceloso de la vida, sin que una mano compasiva la guie hácia el puerto de salvación.

Adios, hermana mia, adios: al decírtelo por vez postrera, te pido encarecidamente, que me envíes una tierna flor de las que brotan del pensil de tu mente, como el último recuerdo de despedida; flor odorífera, pero sin espinas; que la pueda guardar eternamente, y posarla sobre mi corazón, como posa el tierno infante su pequeña mano sobre el seno que la alimenta.

Isabel de Villamartin.

Crónica teatral.

La locura de amor; Flor de un día!; Espinas de una flor: tales son las producciones que se han puesto en escena en nuestro teatro, durante la semana última.

Debida la primera á la pluma del apreciable poeta el Sr. Tamayo y Baus, es un drama de espectáculo y de mucha enseñanza para los pueblos. Basado en la locura de la desgraciada Reina D.^a Juana, el autor parece que trató de vindicarla de la ignominiosa calificación que le da la historia, poniendo en relieve la pasión del amor, colmada por los celos, pasión que absorvía toda la existencia de la heredera de la católica Isabel primera. El Sr. Tamayo supo sacar partido de semejante enfermedad, y presentó una obra de sumo interés y sembrada de incidentes altamente dramáticos y de grande efecto. Lastima fué que la necesidad obligara al autor á ofrecer al público el triste espectáculo de la muerte del Rey.

En cuanto á la ejecución no salió como debía, por falta de actores que secundaran las principales partes, y por lo mal servida que suele ser la escena. La señora Massa, no obstante, tuvo momentos bastante felices, interpretando dignamente el papel de D.^a Juana. El Sr. Vilardebó estuvo bien pocas veces. El Sr. Guerra estuvo como siempre que tiene que ser sustituto de galán joven, es decir; fuera de su cuerda. La señorita Cuélllo debía haberse animado algo mas y lo hubiese hecho mejor: es una actriz de sentimiento y tiene facultades para brillar; estudie, que bien dirigida podrá llegar á ser algo. Los demás se esforzaron en llenar su cometido.

Flor de un día! y *Espinas de una flor*, dramas del Sr. Camprodon, pertenecen al género sentimental elevado al mayor idealismo. Así es que, mas que poética, romántica la acción de ambas producciones, llega á ser muy lejana de lo que realmente pasa en la sociedad. Sin embargo, el autor conoce la escena y prodigó en sus dramas los efectos verdaderamente teatrales. Las situaciones interesantes abundan en el primero, así como en el segundo se hallan mayor número de pensamientos filosóficos y elevados. Uno y otro tienen brillantes bellezas en la forma, pero cuasi imperdonables defectos en el fondo. La injusta pequeñez de Montero, al lado de la colosal figura de Diego, es un contraste que nos disgusta sobremanera, especialmente al recordar que D. Enrique es marido, y marido honrado de una muger sobre la cual nadie puede tener mayores derechos que él. La situación en que le coloca el Sr. Camprodon es degradante y tal vez inmoral. En igual defecto cayó en la segunda parte, al dar á la virtuosa Elena el carácter que la hace representar. La versificación de ambas producciones es generalmente escogida, armoniosa y fácil.

En cuanto al desempeño de *Flor de un día!* habria mucho que hablar. El Sr. Vilardebó estuvo mejor en el primer y último actos que en el prólogo, pues en este lloró demasiado. La señora Massa se presentó bastante bien, especialmente en el tercer acto, cabiéndole un justo aplauso la lectura de la carta.

Los demás generalmente mal.

En la ejecución de *Espinas de una flor*, los que estuvieron mas acertados fueron D. Diego y Lola. Sin embargo no se presentaron del todo mal la señorita Cuélllo y el Sr. Arquer. El que desempeñaba el papel de Carlos, como mero aficionado, dió á conocer su inesperienza en el arte de la declamación. Sin embargo, se presentó con cierta desenvoltura y con el tiempo llegaría tal vez á hacer carrera.

Hermógenes.

Director. D. FRANCISCO P. VARELA.